

LA LITERATURA EXISTENCIALISTA EN AMÉRICA LATINA: EL CUESTIONAMIENTO DEL SER Y DE LA SOCIEDAD

Sindy Patricia Cardona Puello. Profesional en Lingüística y Literatura, Universidad de Cartagena. Magíster en Estudios Latinoamericanos con Orientación en Cultura y Comunicación, Universidad Nacional de Cuyo. E-mail: sindycardona84@gmail.com

Recibido 01/28/2016 – Aceptado 07/01/2016

Resumen: La literatura existencialista apareció en América Latina alrededor de la década de los cuarenta y su presencia, en lugar de extinguirse con el paso del tiempo, se mantuvo hasta los años sesenta cuando nuevamente cobró fuerza gracias a las condiciones particulares del contexto latinoamericano que condujeron a los escritores de la región a acoger este pensamiento como una forma de expresión apropiada para narrar el devenir de la sociedad. Este artículo de reflexión analiza, precisamente, cómo se configuró la actitud existencialista en la literatura latinoamericana de la década de los sesenta, cuáles son los rasgos que la caracterizaron y su relación con el contexto social.

Palabras clave: existencialismo, literatura latinoamericana, literatura existencialista, literatura moderna.

Abstract: Existentialist literature appeared in Latin America around the 1940s and its presence, instead of becoming extinct with the passage of time, continued until the 1960s when it again gained strength thanks to the particular conditions of the Latin American context that led to the writers of the region to accept this thought as a way to appropriate expression to narrate the future of society. This article of reflection analyzes how the existentialist attitude was configured in the Latin American literature of the sixties, and what are its defining characteristics and its relations to the social context.

Keywords: existentialism, Latin American literature, existentialist literature, modern literature.

Introducción

La década de los sesenta es considerada como una de las etapas más prominentes en la consolidación de la literatura latinoamericana, puesto que un importante número de narradores alcanzaron especial reconocimiento y situaron la región en el centro de interés en el campo de la cultura y la literatura mundial. Durante este periodo, los escritores se dieron a la búsqueda de un nuevo lenguaje o de nuevas formas de expresión literaria para narrar los acontecimientos, la historia y las preocupaciones más relevantes para los sujetos hispanoamericanos. Ello explica que tal periodo haya sido denominado como el *boom de la narrativa latinoamericana*.

El *boom*, comprendido entre 1964 y 1975 (Rama, 1982), se constituyó en un referente obligado dentro de los estudios de historia de la literatura en América Latina, puesto que representa el periodo de mayor consolidación de la novela moderna en la región. Sin embargo, desde años anteriores se habían publicado varias obras modernas con una apuesta

estética particular y con una fuerza discursiva que permitía entender la complejidad de realidad latinoamericana desde la ficción literaria. María Luisa Bombal, Roberto Arlt, Juan Carlos Onetti o Ernesto Sábato son algunos de los autores que venían consolidando su obra desde décadas anteriores y que, en su intención de comprender la realidad latinoamericana desde la literatura, adoptaron una forma de escritura que dirigía la mirada hacia el sujeto y su relación con el entorno social, político y cultural.

En ese sentido, se puede afirmar que la década del sesenta en América Latina dio lugar a múltiples tendencias y formas narrativas que no aparecieron súbitamente a mediados de la década, pues son resultado de las búsquedas anteriores. Una de esas tendencias la constituye la literatura existencialista, que se permite cuestionar las acciones del ser humano y que pone en entredicho la confianza hacia el futuro a causa de las demostraciones de dominación y a la falta de solidaridad que han tenido lugar en la historia de la región y el mundo.

El objetivo de este artículo es reflexionar, justamente, sobre el proceso de configuración de una actitud existencialista en la literatura latinoamericana de la década de los sesenta, los rasgos que la caracterizaron y su relación con el contexto social; de esta manera se pueden conocer las diferentes poéticas que se han desarrollado en la región y observar la relación que se establece entre el lenguaje literario y el devenir social. Se parte aquí de la hipótesis de que en varias novelas latinoamericanas de la década del sesenta (como *Sobre héroes y tumbas* de Sábato) se evidencia una actitud existencialista que da cuenta de la preocupación de los escritores latinoamericanos frente a la realidad y la condición del individuo de la región; dicha actitud puede ser entendida teniendo en cuenta el contexto social, político, filosófico y cultural que experimentó el continente desde la década del cuarenta, contexto atravesado por la necesidad de indagar sobre la identidad de América Latina.

La filosofía existencialista: entre la cristiandad y el ateísmo

El existencialismo fue una de las corrientes filosóficas más sobresalientes del siglo XX que empezó a desarrollarse en Europa durante el periodo siguiente a la Primera Guerra Mundial. Esta corriente se caracterizó por un profundo cuestionamiento del sentido de la existencia y surgió en medio de un clima de devastación espiritual, de tensión política y de profunda decepción respecto a la modernidad. Los constantes enfrentamientos entre naciones y la voluntad de poder que llevaba a seres humanos dominantes a poner a otros en situaciones límite de vida, y la creciente sensación de fracaso político, moral y social fue el contexto que suscitó el estremecimiento de los pensadores occidentales y que los llevó a preguntarse urgentemente por el sentido de la vida.

Los filósofos de la primera mitad del siglo XX presenciaron el derrumbamiento de la confianza hacia la concepción racionalista del universo, y fueron testigos de las cruentas guerras estructuradas a partir de la razón y de la técnica, lo que condujo a muchos de ellos a adoptar una moral existencialista. Con el existencialismo, la realidad humana pasó a ser, entonces, el centro de la reflexión filosófica y el primer problema que se planteó fue el de entender el sentido del *ser*.

Temas como la angustia, la muerte, la libertad, el encuentro con el otro, la historicidad y la trascendencia empezaron a ser abordados con mayor interés por aquellos filósofos que se atrevieron a cuestionar el excesivo academicismo que había apartado a la filosofía de la realidad social concreta. Los existencialistas se distanciaron de la filosofía idealista tradicional basada en la premisa hegeliana de la universalidad y objetividad de la razón, y colocaron al hombre concreto en el centro del debate. La reacción de estos pensadores frente al mundo espiritual de la época, tuvo sus raíces, además, en la preocupación por entender los misterios que envuelven a la existencia, tales como la finitud o la suerte del espíritu humano después de la muerte.

Desde sus inicios en la década del treinta, el existencialismo tuvo grandes repercusiones, no sólo al interior de la disciplina

filosófica y del campo intelectual de su tiempo (donde propició una profunda revisión del objeto y del fin de la filosofía), sino también en múltiples ámbitos de la vida social contemporánea. Tuvo una marcada influencia en la vida práctica y producción artística de Europa y del mundo, en la medida en que un gran número de sujetos lo asumieron como una actitud frente a la vida, como una perspectiva particular que ponía en cuestión a la sociedad y los actos del ser humano. Así, en las décadas siguientes no sólo era existencialista el filósofo que abordaba teóricamente la cuestión del ser, sino también los artistas o escritores que se interrogaran profundamente sobre la existencia o que tuviesen una conciencia crítica frente a la historia y una marcada desconfianza hacia la razón como dadora de lucidez y bienestar.

Ahora bien, aunque es posible encontrar un planteamiento teórico común a los filósofos del existencialismo, son varias las posturas de pensamiento que podrían inscribirse dentro de esta corriente, siendo la distinción entre existencialismo cristiano y existencialismo ateo, la clasificación de uso más generalizado.

Fueron varios los pensadores existencialistas (Karl Jaspers, Nicola Abbagnano, Louis Lavelle, Nicolás Berdiaeff, León Chestov, Xavier Zubiri y Miguel de Unamuno) que, al reflexionar sobre los problemas del mundo, la condición humana y papel de la razón, derivaron en una especie de cristianismo que problematizaba acerca de la fe, Dios y lo trascendente. Estos pensadores, en su mayoría, estaban al margen o eran fuertes críticos de la religiosidad oficial, puesto que la consideraban una institución viciada que nada aportaba al mejoramiento de la sociedad contemporánea. Dentro del existencialismo cristiano se destacó Gabriel Marcel quien logró consolidar, a partir de sus ensayos y de su obra dramática, un pensamiento alrededor del tema de la inquietud metafísica y la existencia. Una de sus principales concepciones es la del “mundo roto” o la condición destructiva de la existencia, según la cual el mundo contemporáneo va camino a su autodestrucción a causa de la incesante voluntad de poder y del advenimiento de un mundo mecanizado y desapasionado.

Para Marcel (1956), la fraternidad implica la idea de un padre y va unida a la referencia a un Ser Trascendente que ha creado todo, pero la creciente tendencia a la atomización en las llamadas sociedades civilizadas rompe los lazos y las causas fraternales. Sumado a esto, en la sociedad contemporánea se ha generalizado una disociación entre lo espiritual y lo biológico; de allí que el hijo desautorice y reniegue del padre y que el padre deje de reconocerse en aquel que lo niega.

En otra orilla, los existencialistas ateos consideraban que creer en la existencia de una divinidad trascendente priva al hombre de su verdadera responsabilidad, y por ello debía ser excluida del pensamiento filosófico y del imaginario social. En ese sentido, abrieron paso a una filosofía que no admite instancia distinta del hombre mismo para definir una moral y cuyo núcleo lo compone el sujeto en su desenvolvimiento histórico. El existencialismo ateo proclamó la absoluta soledad del ser humano y tomó como referencia la angustia ante la radical libertad que posee este ser para elegir y forjar su propio mundo.

Aunque Martín Heidegger nunca se autodenominó como existencialista, su teoría sobre el ser, expuesta en su texto *Ser y Tiempo* (1951), se convirtió en base primordial dentro de dicho movimiento. De ella se desprende que no es posible comprender al ser humano si se le extrae del contexto o de las circunstancias particulares en el que se ha formado. Cada quien experimenta un mundo concreto, cada quien establece una relación particular con los entes que le rodean y, justamente, eso es lo que conforma su existencia.

De allí que haya definido el “ser-en-el-mundo” como una característica propia del *dasein*. Heidegger (1927) sostuvo, además, que el hombre es un ser arrojado en el mundo, es decir, que no hay nada superior a él que haya previsto o fraguado su existencia. Ninguna de las dimensiones de la existencia que influyen por completo en el modo de ser (familia, país o lugar de nacimiento) no las ha elegido el ser humano ni fueron determinadas por un dios, sino que son producto del azar. El hombre se encuentra, entonces, solo en el mundo con todas sus posibilidades; y esta especie de existencia gratuita o involuntaria implica una carga, que no es otra que la angustia que surge ante el temor de encontrarse con la nada y el sinsentido.

Ahora bien, si Martín Heidegger aportó una buena base teórica para el existencialismo ateo, fue el filósofo francés Jean Paul Sartre, quien le dio su máximo renombre, al sacar la reflexión del terreno puramente filosófico y llevarlo a las calles. Sartre, quien encabezó distintas manifestaciones en contra de la sociedad burguesa, ejerció una gran influencia entre los intelectuales y jóvenes de su época, que atentos a sus planteamientos, asumieron el existencialismo como una forma rebelde de pensamiento, como un llamado radical a la responsabilidad individual y al compromiso histórico.

Al retomar la idea de arrojamiento, expuesta antes por Heidegger, Sartre sostuvo que sobre el ser humano es un ser sobre el cual recae la responsabilidad de su propia miseria. Dicho estado de arrojamiento llevó luego al filósofo francés a plantear durante su famosa conferencia *El existencialismo es un humanismo*, la premisa de que la existencia precede a la esencia: el hombre empieza por existir, y sólo en el camino de su existencia, ejerciendo su libertad, se va definiendo a sí mismo. Esto quiere decir que no hay una naturaleza propia o una esencia a priori de lo humano, porque no hay un dios que la conciba. El ser humano es lo que él hace de sí mismo. En contraste con los pensadores que hablaban de la salvación, Sartre pretendía llamar la atención sobre la responsabilidad total que el hombre tiene sobre su existencia, en tanto que cada uno, a través de sus elecciones y acciones, determina su ser y nada puede salvarlo de sí mismo.

La responsabilidad frente a sí mismo y a la humanidad provoca angustia en el individuo; una angustia que no conduce necesariamente al quietismo y la inacción, sino que lo pone de cara a la pluralidad de sus posibilidades. La angustia se convierte así en la condición misma de la acción; pero a diferencia de Kierkegaard, de quien retomó el concepto, Sartre sostuvo que el valor de cada elección que haga el ser humano, no depende de la moral dictada por un Dios.

Llegados a este punto, cabe hacer hincapié en el llamado hecho por los existencialistas con respecto al carácter negativo de la cosificación de la vida. Vista como “pecado”, “automatización”, “existencia inauténtica” o “mala fe”, todos (cristianos y ateos) expresaban un profundo rechazo hacia a la evasión y el olvido de la reflexión sobre la existencia, a causa de los avatares de la cotidianidad. En suma, el distanciamiento de las filosofías racionalistas e idealistas; la preocupación por la existencia concreta; la coexistencia con otros; el ser en el mundo; libertad y elección; angustia; temporalidad y muerte, son los temas comunes a todo el existencialismo que fueron de gran contribución al pensamiento occidental y que dejaron su huella también en Latinoamérica.

Recepción del existencialismo en América Latina

En medio de la preocupación por entender la condición humana y por revisar el rol de la filosofía en la sociedad, el existencialismo (ligado a la acción política, al compromiso histórico y al quehacer literario) se convirtió en tema de interés en América Latina. El existencialismo en Latinoamérica iría ligado no sólo a la pregunta por el sentido de la existencia, sino también a la latente necesidad de construir una filosofía que pensara el ser americano en su historia particular. No fueron pocos los filósofos de la región que se preocuparon por interpretar la realidad latinoamericana a partir de las categorías trabajadas por este.

Fatone (1949), en Argentina, puso en tela de juicio el academicismo y la universalidad de la filosofía, al afirmar que esta disciplina no puede prescindir de la persona puesto que esta constituye el problema inicial de toda reflexión. En Cuba, Piñera Llera (1948), expresó abiertamente ser existencialista y se preocupó por determinar el rol de la filosofía en el mundo occidental contemporáneo. Apuntaba que el hombre se caracteriza por la búsqueda de perfección y pone en juego una conciencia que hace surgir ante sus ojos un mundo frente al cual no puede ser indiferente. El hombre, entonces, se manifiesta como conciencia de una existencia, como advertencia de un mundo que está ahí y dicha capacidad de desligarse del entorno, es la trascendencia, la razón de ser primera y última de la existencia humana.

En México se destacaron Antonio Caso y el grupo Hiperión. El primero fue un reconocido filósofo interesado en la fenomenología de Husserl y las teorías de Heidegger, pero con una metafísica de corte cristiano. Antonio Caso, fundó a comienzos del siglo XX -acompañado por José Vasconcelos, Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña- el grupo “Ateneo de la juventud”, que procuraba la restitución de la metafísica en la enseñanza mientras se ocupaba de cuestionar la filosofía positivista dominante en las universidades. Según lo expuesto por Santamaría (2000), la cualidad más notable de ese grupo era su oposición al positivismo mediante la idea de contingencialidad de las leyes científicas y su llamado a volver a las humanidades y a la metafísica como fundamento de una ética basada en el personalismo y el cristianismo.

En Brasil, la reflexión existencialista corrió por cuenta de

Vicente Ferreira Da Silva (1949), quien sostenía que sólo a través de la soledad, el ser humano puede lograr la capacidad ineludible de decisión o elección que lo caracteriza. Pero la soledad a la que se refiere no es aquella que conlleva a un aislamiento negativo en el que un yo niega a los otros “yo” que conviven en su mismo entorno, sino que se refiere al distanciamiento necesario (o la trascendencia de la que habla Piñera) para que el hombre alcance una mayor profundidad en su reflexión, para que se manifieste como espíritu y no como cosa. La soledad no destruye las relaciones humanas ni significa un aniquilamiento del hombre, sino que permite sustituir un entorno humano opresivo por un nuevo horizonte de relaciones personales en el que pueda ejercer su capacidad de elección.

Ernesto Mayz Vallenilla (1959), fue otro pensador de la existencia que partió de la filosofía heideggeriana para explicar el hombre de América. Este venezolano utilizó el concepto de “expectativa” para referirse a uno de los rasgos constitutivos del ser latinoamericano. En su texto *El problema de América* explica que la expectativa consiste en no saber aun lo que se es y por ello se experimenta la necesidad de crear una cultura americana que acuse rasgos de originalidad. Mayz (1959) considera que, cuando el latinoamericano parte del supuesto de que le falta originalidad en su modo de ser y de que carece de “originalidad histórica”, revela un grave complejo de inferioridad histórica que no le permite actuar soberana y espontáneamente en la búsqueda de su propio ser. La originalidad de los americanos solo se alcanza, según él, siendo fieles a la altura de nuestro propio tiempo histórico.

Por otra parte, en las décadas de los treinta y cuarenta aún había una fuerte presencia en América Latina del pensamiento cristiano, influenciado, según Beorlegui (2006), por autores franceses, italianos y alemanes; por ello no es extraño encontrar autores como el peruano Alberto Wagner de Reyna (1949), quien, a pesar de su formación heideggeriana, profesó un existencialismo de corte cristiano. Dicho autor se interesó por el tema de la crisis de la fe y la conversión. Según él, solo al aceptar la contingencia de la vida y la posibilidad de la muerte puede tener lugar el acto religioso de la conversión, el cual devuelve sentido a la vida al mostrar la muerte no como finalización, sino como redención.

En Colombia, se consideró como simpatizante de las ideas existencialistas al filósofo, ensayista y literato Fernando González, cuya obra fue prohibida en Colombia bajo la acusación de ser irreverente. Este autor simpatizaba con el irracionalismo, por lo cual defendía constantemente la experiencia vital por encima del intelectualismo. Además, compartía la preocupación de otros pensadores del continente por describir las condiciones sociales de América Latina; así, en su ensayo *Los negroides* expresó una necesidad similar a las de Uranga, el grupo Hiperión o Mayz Vallenilla, de definir en términos ontológicos qué es (y qué debería ser) el hombre americano. En dicho ensayo planteó que el mal de Suramérica es el “complejo de ilegitimidad” que cargan sus hombres y mujeres y que los hace sentirse constantemente unos “hijos de puta”.

Según explica Gualdrón (2012), el mismo Jean Paul Sartre, al leer una traducción francesa del libro *Viaje a pie* (1929), consideró que el escritor colombiano era un existencialista que merecía el Nobel de literatura; de hecho, el escritor norteamericano Thornton Wilder lo nominó al premio en 1956, pero la Academia Colombiana de la lengua ignoró la solicitud.

La repercusión del existencialismo en América Latina, como puede verse, no fue poca ni fragmentaria. Los filósofos de este continente, al estar preocupados por entender su realidad histórica, habían comenzado a reflexionar en torno a la formación de una filosofía latinoamericana, retomando algunos presupuestos de corrientes sumamente críticas como el existencialismo. Antes de desembocar en una filosofía original como lo fue la Filosofía de la Liberación en la década de los setenta, los pensadores latinoamericanos se nutrieron y dialogaron con las teorías provenientes de Europa, dentro de las cuales se halla el existencialismo, la cual ayudó a generar un clima de cuestionamiento y de revisión histórica. Los existencialistas en nuestro continente se preocuparon por pensar América Latina en términos ontológicos, en determinar los posibles rasgos del “ser latinoamericano”.

La apropiación de este sistema de pensamiento se produjo por la afluencia a América de varios pensadores europeos exiliados a causa de los conflictos políticos que azotaban a Europa; pero, sobre todo, por un creciente interés de renovar la actividad filosófica del continente, y por el surgimiento de un clima intelectual preocupado por entender la crisis de la cultura occidental y los problemas propios del hombre y la mujer latinoamericanos (Piñera Llera, 1960).

El existencialismo en la literatura

Aunque el existencialismo no surgió como un movimiento literario en sentido estricto, dio origen a una fuerte tendencia literaria iniciada por sus propios pensadores. Gracias a las obras de teatro, cuentos y novelas de Gabriel Marcel, Jean Paul Sartre y Simone de Beauvoir se fue configurando un estilo particular de obras que abordaban los temas concernientes a la existencia y el sentido del ser en un mundo contemporáneo desgarrado.

La crisis de la razón moderna y las cruentas demostraciones de poder bélico que desangraban a Europa condujeron a los escritores a volcar en sus obras todos los interrogantes que se desprendían de ese drama. En dichas obras ya no habría lugar para la acción heroica y los personajes aparecerían envueltos en sus propios conflictos y experimentando el sentido trágico de la vida. Las concepciones de “mundo roto” de Marcel y “la náusea” de Sartre se instalaron en la mente de los individuos gracias a la ficción literaria, lo que, entre otras cosas, produjo la consolidación del existencialismo entre amplios sectores de la sociedad.

En efecto, la “náusea” es un concepto clave del existencialismo sartreano que puede ser comprendido claramente si se contempla desde la literatura. La náusea, idea que atraviesa toda la novela que lleva el mismo nombre, no es más que esa sensación de vacío e incomodidad que el individuo experimenta ante su propia contingencia y la de todo lo que lo rodea. Antoine

Roquentin, el personaje principal, se percató de la gratuidad y del azar del mundo al contemplar la naturaleza viva durante un paseo por el Jardín Público. Todos los seres que allí observa ocupan un lugar de manera azarosa, nadie los puso allí y ninguno ha elegido vivir; es entonces cuando empieza a sentir la angustia ante el miedo de encontrarse de frente con el sinsentido, con la nada.

Por otra parte, en las novelas existencialistas hay libertad de expresión artística, en tanto que no se pretende seguir un modelo narrativo clásico, sino explorar múltiples modos de contar que se adecúen al fluir de la conciencia. Suele haber en ellas más introspección que narración de sucesos; en ese sentido, desaparece con frecuencia la figura de narrador que conduce a los lectores a una conclusión transparente y cerrada del mundo. En contraste, se privilegia la voz fragmentada y oscilante de los personajes que evidencian sus realidades sin soslayar sus propios estados de ánimo. La meta propuesta de cada una de las obras adscritas genéricamente al existencialismo “viene a ser la proyección de un estado de conciencia, de un problema filosófico o moral” (De Torre, 1968, p. 153). De igual modo, en la literatura existencialista los personajes no mantendrán ya una relación afirmativa con el mundo, sino que “se enfrentarán a ese mundo, lo denunciarán despiadadamente” (Lamana, 1967, p. 15).

En suma, los filósofos existencialistas reconocieron en la literatura un espacio propicio para la expresión radical de su pensamiento. Compartían la visión de que la literatura lograba hacer más inteligible sus posturas y captar la urgencia vital de narrar el mundo contemporáneo para poder asumirlo y entenderlo. No en vano Gabriel Marcel expresó que en las creaciones novelescas es donde mejor se puede vislumbrar la singular relación que “precede y fundamenta el poder reverberador de los hechos” (Marcel, 1956, p. 72).

Los autores existencialistas que irrumpieron en la década de los treinta y cuarenta, compartían además la noción de literatura comprometida con el ser humano y su autocomprensión. El trabajo literario implica, según ellos, que el escritor se sitúe en su tiempo, en su época y asuma una actitud determinada ante éstos. Las obras literarias tienen gran resonancia y a través de ellas se deja testimonio acerca de la historia y de la propia condición humana. En consecuencia, puede hallarse un conjunto de obras que manejan las preocupaciones y las temáticas que el existencialismo introdujo en el pensamiento occidental, tales como la muerte, la historicidad del hombre, la libertad, la angustia, la relación con el mundo y la existencia o no de un ente sobrenatural.

Jean Paul Sartre (1957), por ejemplo, explicó en su libro *¿Qué es la literatura?*, muy leído por los escritores en la década de los sesenta en América Latina, que la obra escrita es un hecho social y el escritor “comprometido” debe saber que la palabra es acción, que “revelar es cambiar y que no es posible revelar sin proponerse el cambio” (p. 54). Afirma, además, que la colectividad adquiere a través de la literatura una conciencia turbada y una imagen desequilibrada de sí misma que trata desesperadamente de modificar.

La renovación de la literatura latinoamericana en el siglo XX

La literatura latinoamericana experimentó en la década del cuarenta un proceso de renovación propiciado por la adopción de las vanguardias artísticas europeas y su adaptación a las preocupaciones temáticas latinoamericanas. No son pocos los autores que han identificado esta década como el momento inicial de la irrupción de la novela moderna en Hispanoamérica. Rama (1982), explicó que en 1940 empezaron a aparecer nuevas generaciones de escritores en Hispanoamérica que entraron a enriquecer las estructuras y concepciones artísticas anteriores. En esta época se puso de relieve, desde la literatura, la pluralidad de las estructuraciones culturales, de las tradiciones literarias y de las problemáticas humanas de cada región. A la tradicional novela de la tierra o telúrica se le sumó la emergencia de una literatura que encarara los nuevos conflictos de las sociedades en América Latina.

Gertel (1970) coincide con dicho recorte temporal al afirmar que la novela hispanoamericana no sólo adoptó a partir de la década de los cuarenta las técnicas artísticas europeas, sino que también abrazó la preocupación por trascender hacia lo universal incorporando un enfoque temático y una proyección histórico-cultural de cuño americano. La literatura hispanoamericana contemporánea experimentó entonces cambios en la técnica y en los objetivos estéticos-literarios tendientes a abandonar el realismo de pretensiones descriptivas y objetivistas imperante en la literatura de fines del siglo XIX, para acoger una visión de la realidad que parte del interior del hombre.

Esa nueva realidad de la que hablan los críticos y que despertó la inquietud de los escritores latinoamericanos, no es otra que la aparición de la ciudad moderna como un espacio de conflicto, cuyo crecimiento desajusta las tradiciones y provoca nuevos procesos sociales que ponen a los sujetos de cara a nuevas situaciones y que los obligan a relacionarse de manera diferente con su entorno y con los demás. Dicho proceso de “urbanización” si bien inició en las ciudades del Cono Sur, se registró rápidamente en la narrativa de la mayoría de las naciones latinoamericanas.

El eje, según Gertel (1970), no será ahora el mundo del campo y los temas asociados a este, como el caudillismo o la cultura regional típica, sino que se producirá un desplazamiento hacia la ciudad, hacia la gran urbe habitada por hombres y mujeres cuya realidad interior descubre lo absurdo y caótico del mundo. A esta nueva novela la autora la llamó “novela personal existencial”, ya que en ella es justamente el personaje envuelto en un espacio urbano lo que constituye el eje portador de esencialidad en el mundo. Se introduce entonces un narrador que muestra el mundo privado de los personajes, que comparte las mismas dudas de estos y mantiene una cercanía con el lector, así, “se nos habla desde el interior de los personajes, desde lejos, desde cerca, desde la mente, desde las zonas del inconsciente”. (Gertel, 1970, p. 18).

Ahora bien, tal renovación de las letras latinoamericanas permitió el acogimiento de técnicas artísticas foráneas, pero

revestidas de nuevas significaciones asociadas a la estructura cultural propia. En ese sentido, la adopción de valores foráneos en el seno de nuestra literatura, no fue un proceso que se pudiese reducir sólo en términos de “influencias”, sino que propició el enriquecimiento de las manifestaciones narrativas desde la región misma. Los escritores de América Latina acogieron las técnicas vanguardistas de manera heterogénea con lo cual pudieron construir expresiones literarias propias que van más allá de la imitación. Para explicar este fenómeno Rama (2008) acuñó el término de “transculturación narrativa”, inspirado en el concepto de transculturación desarrollado por Fernando Ortiz en 1940. Bajo esta perspectiva debe reconocerse la tradición inventiva y la riqueza cultural de América Latina, puesto que en su territorio se produjeron manifestaciones artísticas originales a partir de procedimientos de actualización y adaptación de valores culturales externos.

Con el creciente proceso de transculturación en la literatura se fueron adoptando entonces (en detrimento de la anterior perspectiva regionalista) otras estructuras narrativas que abordaban las preocupaciones del ser latinoamericano para mostrar cómo éste participa de la condición universal del ser humano. Así, son muestras de la transculturación narrativa la experimentación con el lenguaje, la problematización de la forma, la incorporación de la mirada subjetiva, el surrealismo y el rompimiento de la unidad narrativa; aspectos puestos al servicio de la preocupación por entender qué ha pasado con el sujeto latinoamericano en los distintos momentos de su historia.

El problema de las dictaduras; la violencia política, la migración forzada hacia las ciudades, la pérdida de referentes culturales tradicionales y la decepción ante los procesos sociales malogrados son algunas de las preocupaciones sobre las cuales trabajarán los escritores de América Latina y que conformarán el contenido que les otorga sentido a las técnicas narrativas adoptadas. Son estos temas los que revisten a las técnicas foráneas de una pertinencia particular y de un carácter fuertemente social y emocional, más allá de la reflexión pura y fría que solían

hacer los personajes de las novelas existencialistas europeas. Pues bien, la aparición de *El pozo* (la primera novela del uruguayo Juan Carlos Onetti) en 1939, ha sido considerada como el punto de quiebre que dio origen a la narrativa moderna en América Latina: “Es la primera novela personal en cuyo mundo narrado confluyen definitivamente los nuevos valores del existencialismo y el superrealismo” (Gertel, 1970, p. 83).

Argentina también experimentó un gran momento de ruptura en el que se introdujo una fuerte conciencia crítica y la preocupación por entender la vida de los sujetos en el contexto urbano moderno. Entre 1945 y 1950 emergió una nueva generación de escritores provenientes de distintos lugares de la nación argentina que asumieron una conciencia crítica respecto al contexto político, social, cultural y, por supuesto, literario. Julio Ardiles Gray, Antonio Di Benedetto, Beatriz Guido, Héctor Murena, Andrés Rivera, Martha Lynch, Juan José Manauta, David Viñas, entre otros, conformarían esta nueva

pléyade de jóvenes escritores que al reflexionar acerca de la relación entre literatura y sociedad, y al revisar los valores la literatura de la generación anterior, ejercieron con ahínco el rol de intelectuales y críticos literarios. La mayoría de ellos contribuyó a la renovación de las letras argentinas y al acogimiento de la literatura existencialista en América Latina.

La marcada actitud revisionista era la pauta de esta generación. Si bien en su interior hubo divergencias, todos compartían la preocupación por cuestionar el estilo literario de los que eran considerados los “padres” de la literatura argentina, por esta razón fue denominada como la generación de “los parricidas” (Rodríguez Monegal, 1956), y años más tarde como “los enojados” (Dellepiane, 1968). La necesidad de asumir una posición determinada frente al cosmopolitismo y la falta de nacionalismo implicados en la literatura fantástica y psicológica de Jorge Luis Borges y Eduardo Mallea era una de las preocupaciones centrales para dicho grupo.

El impulso que tenían estos jóvenes por la búsqueda del ser argentino o del ser nacional, los llevó a cuestionar duramente su realidad social construida a partir de valores europeos; sin embargo, conscientes de que esos valores habían entrado en decadencia en la misma Europa, se sintieron atraídos por el existencialismo de Sartre y su concepción de literatura comprometida, y se permitieron denunciar con disgusto y angustia el estilo literario de Mallea y Borges al considerar que poco aportaban a entender al hombre argentino y latinoamericano.

Ernesto Sábato también logró consolidar un universo literario que da cuenta de una contundente actitud evaluadora de las condiciones sociales y políticas que atraviesa el ser humano contemporáneo, sin privar al lector del placer estético frente a la narración. Sábato logró influenciar con su ficción y su ensayística a varios narradores de su nación y logró cautivar a nuevos escritores en toda América Latina que percibieron en su literatura un ideario que poco tiene que ver con una actitud intelectualista, sino con una actitud de inquietud y de dolor frente a las realidades que como hijos de la tierra latinoamericana han experimentado.

En Colombia la modernidad literaria y la influencia del existencialismo en la literatura tardarían un poco más en aparecer debido a las condiciones particulares del contexto social colombiano durante las décadas de los cuarenta y cincuenta. Este país, en comparación con otras naciones latinoamericanas, no ofrecía durante estos años el ambiente propicio para el surgimiento de la novela moderna por dos razones fundamentales: por un lado, la persistencia de la narrativa telúrica o regionalista durante la década del cuarenta por la incomunicación entre las distintas regiones geográficas del país y la tendencia de la crítica nacional a visibilizar el trabajo estético de los autores del interior, obviando los procesos gestados en otras regiones. Por el otro, la marcada atención de los escritores en la década del cincuenta en narrar los acontecimientos asociados a al enfrentamiento bipartidista (entre liberales y conservadores) que tiñó de rojo el suelo colombiano a partir de 1948.

Así las cosas, Colombia tendría que esperar hasta 1955 para poder alcanzar la modernidad literaria y la irrupción de la actitud existencialista. Son varios los estudiosos que comparten la idea del norteamericano Raymond Williams (1991), de que la narrativa moderna apareció en este país con la publicación de tres novelas escritas en la región Caribe: *La hojarasca* (1955) de García Márquez, *La casa grande* (1962) de Álvaro Cepeda Samudio y *Respirando el verano* (1962) de Héctor Rojas Herazo; tres novelas que a partir del cuestionamiento del sistema social en que se desenvuelve el ser caribeño y colombiano, hacen una evaluación de la orfandad en la que se encuentra el sujeto moderno.

Ahora, si bien Rojas Herazo (y otros escritores de la región que dieron la bienvenida a la década del sesenta) no se declararon existencialistas en sentido estricto, lograron plasmar en sus poéticas una visión coherente con dicha corriente de pensamiento, ya que se alimentaron de las lecturas de autores clave del movimiento y estaban enterados de la urgencia de los nuevos tiempos, tal como lo deja ver el propio Rojas Herazo en su artículo *Hacia dónde va el existencialismo* publicado en los años cincuenta. Por otra parte, el escritor Roberto Burgos Cantor explicó que los nuevos escritores del Caribe colombiano y de todo el país que empezaron su tránsito por la literatura en los años sesenta, no fueron ajenos a las ideas provenientes del existencialismo y que los libros de

Sábato fueron una especie de faro para él y otros jóvenes escritores de la década: Los escritores hicimos un esfuerzo leal por reunir elementos intelectuales de interpretación del momento. La carga era enorme. Además de los clásicos del marxismo, se leía una literatura que nos resultaba afín. Camus, Simone de Beauvoir, Sartre. Lo que producían en los países colonizados, en especial Fannon y Aimé Cesaire. Los trabajos de los intérpretes marxistas, con las diferencias notables de los italianos y los franceses. Los ensayos de José Carlos Mariátegui. Sartre parecía estar en todas partes (sic). Ese hombre de poca estatura y un ojo desobediente estaba, como él solo, amarrado a la cresta erizada de la época. (Burgos, 2011, p. 42).

Aunque el mayor auge de la novelística en Colombia pareciera ocurrir en 1967, con el protagonismo alcanzado por *Cien años de soledad* en la escena literaria, no se puede desconocer que desde antes se venían incubando varias propuestas que abrieron paso a la modernidad literaria, gracias a la reapropiación que hicieron los escritores colombianos de las características de la literatura norteamericana y europea y que los llevó a poblar sus novelas de personajes que se ocupan de reflexionar acerca de la existencia y de la muerte “como cualquier personaje de Albert Camus o Kierkegaard” (Bolaño, 2005, p. 85).

La novela moderna colombiana, comparte las características mencionadas para la nueva novela en América Latina, tales como la introducción de nuevas técnicas narrativas y la toma de posición frente a los hechos históricos; además de ello, también asumió en ciertos momentos rasgos existencialistas, lo que da

cuenta de la heterogeneidad de las manifestaciones literarias en este país, y especialmente en la costa Caribe donde se evidencia varias estéticas.

Finalmente, desde mediados de los años cincuenta se había instalado en casi toda América Latina el debate acerca del rumbo político y cultural que debían tomar sus naciones. En el ámbito político se empezó a discutir insistentemente sobre la noción de “desarrollo” implementada por las oligarquías nacionales por considerarla responsable del endeudamiento y de la excesiva dependencia de la región de los capitales foráneos. Como parte de dicho debate político y cultural, se analizó del papel de la literatura y del arte en la formación del espíritu de una sociedad nueva; y allí las posturas existencialistas resultaron convenientes para aquellos autores que querían llamar la atención acerca de la situación del hombre moderno. Se tomaron como referentes autores heterodoxos como Jean Paul Sartre, quien además de ejercer una fuerte influencia con sus obras existencialistas, también generó grandes adhesiones en el continente con sus planteamientos acerca de la literatura, del lenguaje y del oficio de escritor.

La gran acogida de Sartre se produjo porque varios escritores latinoamericanos no sólo asumieron una posición determinada desde el universo simbólico de lo literario, sino que también participaron activamente en el debate social y cultural del momento ejerciendo el papel de intelectuales con una visión humanista: “Para mí como para otros escritores de hoy, la literatura no es un pasatiempo ni una evasión, sino una forma –quizá la más completa y profunda- de examinar la condición humana” (Sábato, 2006, p. 7). Sartre permitió, como afirma Vargas Llosa (1981), que los jóvenes en Latinoamérica se enteraran de que la narrativa había sufrido una revolución, que su repertorio de asuntos se había diversificado y que los modos de contar eran más complicados y libres.

Conclusión

El existencialismo en América Latina ofreció a sus filósofos la oportunidad de pensar la condición particular del hombre de este continente cuya plenitud fue negada desde el mismo momento en que fue adherido a la historia mundial por las naciones europeas colonizadoras. Esta filosofía permitió abrir la mirada de los pensadores latinoamericanos y fue una de las corrientes teóricas que allanaría el camino para futuras filosofías más liberadoras. Como lo afirma Velarde (2008), el existencialismo puso al descubierto ciertas “ingenuidades eurocéntricas” y propició la apertura humanista a la alteridad y diversidad cultural, ofreciendo herramientas a los intelectuales de la región (y en general a los no europeos), para que desde sus “alteridades existenciales” pudieran mostrar a los propios europeos otras expresiones del ser humano.

Desde la irrupción de las vanguardias, en América Latina se produjo la diversificación de los estilos de escritura de acuerdo con la manera como cada narrador asumió las técnicas extranjeras. Varios escritores discurrieron por el sendero de lo fantástico, otros optaron por aunar lo real con lo maravilloso, también estuvieron los indigenistas que siguieron interesados

en el mundo rural o nativo para hacer visibles las identidades de los pueblos oprimidos, y finalmente, estuvieron aquellos que se ocuparon de narrar el mundo urbano con una perspectiva crítica y existencial. En la literatura del Cono Sur de mediados del siglo XX domina un tono existencialista que coincide con una estética sin fe, escéptica o nihilista (Majfud, 2011).

Todas estas corrientes conformaron una gran diversidad literaria en el continente que se consolidaría aún más en la década del sesenta. Así que, aunque gran parte del interés de la crítica de dicha época se haya concentrado en el realismo mágico, lo cierto es que son varias las poéticas que coexistieron a partir de la década de los cuarenta; poéticas diversas que retratan el carácter no monolítico de las identidades latinoamericanas, o “la condición múltiple, plural, híbrida, heterogénea o transcultural de los distintos discursos y de los varios sistemas literarios que se producen en nuestra América” (Cornejo Polar, 1999, p. 10).

La literatura existencialista, entendida como un modo de poner en cuestión el mundo y la existencia, ganó nuevos matices en la región al ir ligada a las preocupaciones particulares del ser latinoamericano (su identidad, su destino y su accidentada historia), lo cual explica que esta narrativa, luego de irrumpir en los años cuarenta, haya logrado prevalecer en estas tierras por varias décadas después.

Referencias

- Beorlegui, C. (2006). Historia del pensamiento filosófico latinoamericano. Una búsqueda incesante de la identidad. Bilbao: Universidad de Deusto.
- Bolaño, A. (2005). Silencio y existencialismo en Respirando el verano de Rojas Herazo. Cuadernos de literatura del Caribe e Hispanoamérica (1), 176-92.
- Burgos Cantor, R. (2011). Señas particulares. Cartagena: Ediciones Pluma de Mompo.
- Cornejo Polar, A. (1987). La literatura latinoamericana y sus literaturas regionales y nacionales como totalidades contradictorias. En Pizarro, Ana. (Coord.). Hacia una historia de la literatura latinoamericana. (p.p. 123-137). México: Colegio de México.
- Dellepiane, A. (1968). La Novela Argentina desde 1950 a 1965. Revista Iberoamérica, XXXIV. 237- 283. Recuperado de <http://revista-iberoamericana.pitt.edu/ojs/index.php/Iberoamericana/issue/view/109>
- De Torre, G. (1968). El existencialismo como literatura. En Ultraísmo, existencialismo y objetivismo en la literatura. (pp. 151-256). Madrid: Ediciones Guadarrama.
- Ferreira Da Silva, V. (1949). Teoría da solidao. En Actas del Primer Congreso Nacional de Filosofía. (pp. 1863-1866). Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo.
- Gertel, Z. (1970). La novela hispanoamericana contemporánea. Buenos Aires: Nuevos Esquemas.
- Gualdrón, Y. (2012). Fernando González, el existencialista antioqueño que buscaba a Dios. Diario El tiempo.

Recuperado de http://www.eltiempo.com/colombia/medellin/ARTICULO-WEB-NEW_NOTA_INTERIOR-11519261.html

- Heidegger, M. (1951). Ser y Tiempo. México: Fondo de Cultura Económica.
- Lamana, M. (1967). Existencialismo y literatura. Buenos Aires: Centro editor de América Latina.
- Majfud, Jorge. (2011). El vuelo de la serpiente en el pensamiento latinoamericano I. Recuperado de <http://majfud.org/2010/10/19/el-vuelo-de-la-serpiente-en-el-pensamiento-latinoamericano-i/>
- Marcel, G. (1956). El misterio del ser. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Mayz Vallenilla, E. (1979). El problema de América. Latinoamérica. Cuadernos de cultura latinoamericana, 9 3 . Recuperado de http://ru.ffyl.unam.mx/bitstream/handle/10391/3037/93_CCLat_1979_Mays_Vallenilla.pdf?sequence=1&isAllowed=y
- Fatone, V. (1949). El existencialismo y la libertad creadora. Una crítica al existencialismo de Jean-Paul Sartre. Buenos Aires: Argos.
- Piñera Llera, H. (1948). La posición de Sartre en la filosofía existencial. Revista Cubana de Filosofía 3, 20-26.
- Rama, A. (1982). La novela en América Latina. Panoramas 1920-1980. Bogotá: Procultura.
- _____. (2008). Transculturación narrativa en América Latina. Buenos Aires: Ediciones El Andariego.
- Rodríguez Monegal, E. (1956). El juicio de los parricidas. La nueva generación argentina y sus maestros. Buenos Aires: Deucalión.
- Sábato, E. (2006). El escritor y sus fantasmas. Buenos Aires: Seix Barral.
- Santamaría, A. (2000). Antonio Caso y la necesidad de la metafísica. (Tesis de Maestría). Recuperado de <http://cdigital.dgb.uanl.mx/te/1020130143/1020130143.PDF>
- Sartre, J. (1957). ¿Qué es la literatura? Buenos Aires: Losada.
- _____. (1983). La Náusea. Bogotá: Seix Barral.
- _____. (1997). El ser y la nada: Ensayo de ontología fenomenológica. Barcelona: Ediciones Altaya.
- _____. 2007. El existencialismo es un humanismo. Barcelona: Folio.
- Vargas Llosa, M. (1981). Entre Sartre y Camus. Puerto Rico: Ediciones Huracán.
- Velarde, M. (2008). Existencialismo Latinoamericano. Diccionario del pensamiento Alternativo II. Recuperado de <http://www.cecies.org/articulo>.
- Williams, R. (1991). Novela y poder en Colombia. 1844 – 1987. Bogotá: Tercer Mundo Editores.